

Pide al director que lo “corten” a las cinco porque tiene doblaje de películas para la televisión.  
Pide al director de doblaje que lo “corte” a las siete porque tiene teatro a las siete y quince.  
Después del teatro cena en Vips, de Niza, y saluda ostentosamente a todos los actores y actrices para que se vea que es amigo de todos.  
No lee nada excepto sus parlamentos que cuenta previamente en el libreto.  
Cobra fuertes cantidades los sábados en la ANDA.  
Debe las letras del automóvil, del refrigerador, del anillo que le regaló a la actricita que pretende, de los trajes que se mandó hacer, tres meses de la renta del departamento y el anticipo que le dio un productor cinematográfico.  
Jamás habla mal del capitalismo.  
Grita enfurecido porque su nombre no está por arriba del de Fulano o del Zutano en la cartelera de los diarios.  
Su máxima ambición es ser contratado en una película norteamericana que se filme en México.  
Al final reposa en el lote de actores del Panteón Jardín, feliz porque a todos sus compañeros les descontaron quince pesos por su muerte.

20 de junio de 1971

#### JULIÁN, QUÉ TIÉS MADRE

En la zarzuela *La verbena de la paloma*, la mejor que fue escrita dentro de ese género ahora visto con desprecio para dejar paso al mismo género, sólo que escrito por norteamericanos y llamado “comedia musical”, la señá Rita le recuerda a Julián, el protagonista, que tiene madre, para que no haga alguna barbaridad que le cause pena a su progenitora. Esta frase se hizo muy conocida y ahora la resucitamos porque acabamos de ver *La verbena de la*

*paloma* en el Palacio de Bellas Artes, con una excelente producción y unos enormes deseos por parte de las autoridades del INBA de dar a conocer las mejores muestras de ese bello género que cubrió una larga época y que hizo las delicias de nuestros abuelos. Desgraciadamente, esa fastuosa producción y esos buenos deseos se estrellaron ante la incompetencia del señor al que se encomendó la dirección escénica, quien a pesar de haberse dedicado durante su larga vida a la zarzuela, se nota que no conoce de ella absolutamente nada. Don Víctor Torres, pequeño barítono y pequeño cómico, con una falta total de autocrítica y de conocimientos, se lanzó a dirigir *La verbena* y la *Dolorosa* desperdiciando la hermosa escenografía de Toño López Mancera, los coros de Bellas Artes y las buenas disposiciones de algunos de los cantantes o actores. El montaje de estas dos zarzuelas merecía un director que supiera su oficio, porque de la manera como se dirigió, en lugar de resucitar el género lo entierran aún más en la tumba del olvido, para usar una frase que sea de zarzuela.

Daba pena el ver en la *Dolorosa* al tenor Froylán Ramírez dejado a la buena de Dios, sin la menor indicación de lo que debía hacer como actor, sin decirle dónde debía pararse y cómo entonar sus parlamentos con un poco de lógica. Daba pena ver esa procesión que más parecía la del Silencio en San Luis Potosí por lo ridícula, y el agolpamiento de la Estudiantina en el lado izquierdo del escenario. Daba pena ver a los cantores sin saber qué hacer durante los puentes musicales, fija la vista en el director de orquesta. Y en *La verbena de la paloma* era triste ver cómo entraban y salían a escena los conjuntos o los cantantes. ¿De qué le sirvió a López Mancera poner puertas, si don Víctor Torres marcó que los personajes entrasen y saliesen por entre los cortinajes de los laterales? Y luego los largos entrecuadros, con el salón a oscuras y con 30 grados de temperatura, y luego los gritos del propio señor Torres entre cajas dando instrucciones a los cantantes. Es posible que así se haya hecho la zarzuela en sus buenos tiempos, pero ahora el público exige una mayor seriedad y un mayor profesionalismo. Don Víctor, que tié usted madre.

Pero hablemos de lo bueno, que lo hubo también, y bastante. La actuación de Raphael Sevilla en el Perico y la de Cristina Ortega en la Nicasia, la de Guillermina Higareda en la Dolores, y la

de Patricia Mena y otra vez la de Cristina Ortega en la *Verbena*, y sobre todo, la de don Ángel Garasa en el Don Hilarión, uno de los personajes más simpáticos que se hayan escrito para el teatro en toda la historia. Es un honor muy grande para un cronista amante del buen teatro rendir un homenaje de admiración, de reconocimiento a su labor por tantos años, a su inmenso cariño por su profesión, a sus enormes dotes como actor y a su limpia carrera. Don Ángel Garasa interpretó a Don Hilarión de una manera perfecta y le dio algo que jamás había yo visto en ese personaje, y que ahora sé que lo tiene: ternura. Este actor excepcional jamás ha sido debidamente aprovechado en México, como sucede siempre, y el cine lo ha llamado a servir de patíño a Cantinflas. Lo hemos visto hace poco en televisión en un programa de médicos y medicinas interpretando a un anciano solitario, y lo aplaudimos desde nuestro sillón. Ahora en el Don Hilarión volvimos a aplaudirlo hasta el dolor de palmas, y deseamos que siga trabajando ininterrumpidamente para bien de los espectadores. Don Ángel, sabemos muy bien que tié usted madre.

Es doloroso para un historiador del teatro como yo, tener que hablar mal de una figura a la que he visto triunfar a lo largo de la historia del teatro en México por medio de programas y de crónicas de distintas épocas. María Conesa es la historia del teatro en México en el siglo xx, su principal representante, la gran figura, la que revolucionó los escenarios antes de la Revolución de 1910, la que ha perpetuado su leyenda picaresca, el último destello del mundo porfirista. Toda una institución en el teatro y en la vida mexicana. Así la consideraba y así la sigo considerando a pesar de su aparición en *La verbena de la paloma* hace unos días. Lloré al verla tratando de “robar cámara” desesperadamente, golpeando el piso con los tacones, dando palmadas, encimándose en los parlamentos de los demás para hacerse notoria, exigiendo el aplauso con trucos que no hacen ya ni los cómicos de carpa y tratando a toda costa de proyectar algo que lógicamente ya no tiene: agilidad. Lloré porque no era la María Conesa de siempre, la que todavía hace unos años conservaba intacta su simpatía y su desenfadado. ¿Por qué no existe un ángel protector de los ancianos que les diga al oído que su tiempo ha pasado y que deben adaptarse a lo que son? Y sin embargo, rindo también homenaje de admira-

ción a la “Gatita Blanca” por lo que fue y por lo que será dentro de nuestra historia.

La tarde en que vi las dos zarzuelas hubo dos triunfadores absolutos: don Ángel Garasa y don Héctor Quintanar, director y concertador. La Orquesta Sinfónica del INBA fue conducida con tal maestría, con tal conocimiento y con tal cariño por don Héctor, que se diría que escuchábamos un concierto de virtuosos. José Serrano y Tomás Bretón, los compositores, deben haberse sentido aún más en el cielo al escuchar su música tocada de esa manera. Y así termino mi crónica sobre una resurrección dando mis parabienes al INBA por proteger a lo desvalido y por demostrar a algunos empresarios particulares cómo debe montarse la zarzuela. Que vaya el empresario de *Las leandras* a Bellas Artes y que recuerde que tié madre.

27 de junio de 1972

#### EL INEPTO JARDINERO

¿Qué haría usted si llegase hasta su casa un hombre haciéndose pasar por jardinero y arrancase de raíz los rosales, prendiera fuego al pasto inglés y llenase de plaga las enredaderas? ¿Lo denunciaría a la policía o lo aplaudiría? Tiene usted que contestarse sinceramente a esta última pregunta, y ya sé que su respuesta sería la denuncia. Luego entonces, ¿por qué fue aplaudido el inepto jardinero que destruyó el jardín de Edward Albee en el Teatro Xola? Es cierto que los aplausos fueron fríos y escasos, pero a nadie se le ocurrió silbarlo, insultarlo, escarnecerlo y pedir a gritos airados un escarmiento. O si se les ocurrió, nadie lo dio a entender de una manera definitiva. En México el público de teatro, además de escaso, es cobarde. Si su educación no le permite llegar a los extremos españoles del “pateo”, o sea la grita y el alboroto cuando una obra o una dirección no les place, queda el recurso elegante y digno, pero más ofensivo aún, de abandonar el teatro a media representación. Ni siquiera esto se hace la noche de los estrenos. Como si el boleto obsequiado llevase impresa la prohibición de